

Desterrada  
en su propia tierra



# Desterrada en su propia tierra

OSWALDO AGUILAR MEJÍA

NOVELA



Editorial Universidad del Cauca

2017

Aguilar Mejía, Oswaldo.

Desterrada en su propia tierra. / Oswaldo Aguilar. 2da. Edición. --  
Popayán: Editorial Universidad del Cauca, 2017.

119p.

Biografía del autor: p. 119.

1. NOVELA COLOMBIANA - SIGLO XXI. 2. LITERATURA COLOMBIANA.  
3. AUTORES COLOMBIANOS. 4. VIDA COTIDIANA - NOVELA. 5. VIOLENCIA  
- NOVELA. I. Universidad del Cauca (Colombia). II. Título.

ISBN: 978-958-732-295-8

SCDD 21: Co863.44 A283

Hecho el depósito legal que marca el Decreto 460 de 1995  
Catalogación en la fuente – Universidad del Cauca. Biblioteca

---

Desterrada en su propia tierra

© Universidad del Cauca, 2017

© Oswaldo Aguilar Mejía

Segunda edición en español  
Editorial Universidad del Cauca, octubre de 2017  
ISBN: 978-958-732-295-8

Desterrada en su propia tierra  
Primera edición en español  
Imagen Visual Ltda, Valledupar  
diciembre, 2011

Diseño editorial: Área de Desarrollo Editorial - Universidad del Cauca  
Corrección de estilo: Jesús Alexander Navía.  
Diagramación: Natalia Rodríguez Solano  
Diseño de carátula: Angela María Pereira  
Editor General de Publicaciones: Mario Delgado-Noguera

Editorial Universidad del Cauca  
Casa Mosquera Calle 3 No. 5-14  
Popayán, Colombia  
Código Postal 190003  
Teléfonos: (2) 8209800 Ext 1134 - 1135  
<http://www.unicauca.edu.co/editorial/>

Copyright: Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por  
cualquier medio, sin la autorización expresa de los editores.

Impreso en Popayán, Cauca, Colombia. Printed in Colombia

# Contenido

Capitulo 1	
Los recuerdos de Josefina eran solo de ella .....	7
Capitulo 2	
La justicia que pregona el injusto .....	27
Capitulo 3	
Las verdades ocultas de las víctimas culpables .....	69
Capitulo 4	
La desgracia llega a El Guacimal.....	97
Capitulo 5	
El desplazamiento forzado de Josefina .....	109
Sobre el autor.....	119



## Capítulo 1

### Los recuerdos de Josefina eran solo de ella

**E**ra el amanecer del primer día del mes de enero. En el ambiente no se notaban vestigios de una época navideña, ni menos podía decirse que año nuevo vida nueva, porque allí nada cambiaba. A decir verdad, ese iba a ser igual a todos los días que pasaban en Piedras Negras del Sagrado Corazón de Jesús. Aunque las cabañuelas no se habían derramado aún, no se vislumbraba una señal de invierno, aún no caía una sola gota de agua. Se preveía una mañana calurosa; eran los albores de un sol canicular de verano ecuatorial. Ese día la alborada dibujaba un abanico multicolor. El perihelio estaría en su plenitud y con seguridad no aparecería ninguna nube furtiva que anunciara una precipitación atmosférica que pudiera darle siquiera el más mínimo toque de frescura al día.

Aquel iba a ser, sin dudas, uno de los tantos días que habían pasado. ¿Por qué habría de ser diferente? Nada iba a cambiar. El tiempo allí simplemente se había detenido. Por esa razón la vida de la gente estaba como en una cápsula de tiempo, todos estaban adormecidos e indiferentes ante el horror de la guerra.

Piedras Negras del Sagrado Corazón de Jesús era un pueblo con pocos habitantes, porque pocos fueron los que lograron sobrevivir a la desidia estatal y al conflicto armado interno. Aunque los gobiernos intentaron ocultar la realidad social que generó la imposición de los violentos, quienes allí

quedaron, que pudiéramos llamar *héroes de la resistencia*, al compás del tiempo sus pensamientos se detuvieron, no por el encanto de los cuentos de hadas, sino por circunstancias adversas e impensadas de la vida que los llevaron a tener en cada uno de sus protagonistas un espejo circular donde todos entre sí se veían reflejados.

El suave rumor de una brisa cálida invitaba a disfrutarla plenamente, el sol en el este anunciaba su presencia con su magnificencia acostumbrada. Ese día la alborada dibujaba un abanico multicolor, un espectáculo de indescriptible belleza, el cual servía de celoso guardián y protegía al pueblo de los vientos alisios, conjugado por el esplendoroso verdor de la cordillera, que se divisaba desde el pueblo. Muy a pesar de esa muralla natural, el tránsito del verano al invierno traía numerosos huracanes que con su increíble fuerza arrasaban los techos de los ranchos de los que allí habitaban.

El viento era persistente, la frescura de la alborada acariciaba suavemente los árboles de eucalipto, abundantes en Piedras Negras, que movían sutilmente sus ramas cual bailarines al compás de la melodía de un armónico vals.

El cálido amanecer y el radiante colorido de la naturaleza contrastaban con el estridente ruido que parecía el aleteo de un ave gigante, pero que en realidad eran los siete pedazos de láminas de zinc amarillentos y corroídos por el óxido que alguna vez Josefina Orozco había recogido de unos escombros, cuando navegaba en su miseria y reciclaba cosas tristes, que mal amarrados cubrían el techo del rancho y al paso de la brisa se levantaban y caían repetidas veces, simulando un abanico de hojalatas, que deterioraba en cada golpe las reseca palmas de la inhabitable *currancha* que servía de hogar a la humilde mujer.

Josefina Orozco estaba curtida por los rigores del tiempo. Para ella cada año representaba solo un período de la vida en que nada cambiaba, ni siquiera el viejo calendario que colgaba de la tiranta principal de la vivienda y que hacía propaganda al bar La Cama de Piedra, que mostraba

un hermoso jardín de heliotropos rojos y amarillos y una bellísima mujer semidesnuda percibiendo el aroma de las flores, con una subjetiva leyenda que decía: *“El amor cura todas las beridas, incluidas las que ocasiona el amor”*.

En uno de los rincones de la habitación, construida con pedazos de tablas viejas, colgaba un descolorido cuadro del Sagrado Corazón de Jesús, el cual era una fiel y paupérrima representación del lugar. La manchada imagen estaba casi a la intemperie, salpicada por las gotas de lluvia que se filtraban por el techo de la habitación. La brisa, que entraba y salía libremente del lugar, lo había rasgado, y aunque Josefina Orozco lo remendó cosiéndolo con hilo y pegándolo con almidón de yuca, que ella misma sacara la última vez que hizo cazabes, su visible deterioro era una fehaciente muestra más de la realidad que allí se vivía.

El almanaque, de incierta anualidad, y el afiche del Sagrado Corazón de Jesús estaban amarillentos por el efecto del tiempo y el humo que salía del fogón de leña, que contagiaba todo a su alrededor, pero Josefina Orozco los guardaba con afecto especial, porque le servían de referencia cronológica para acordarse de tres fechas en meses diferentes que había marcado encerrando en un círculo los números correspondientes. Esas fechas hacían parte de su pasado y al recordarlas la laceraban por dentro, produciéndole una amargura que solo compartía con su soledad. Bueno, al menos ese era su propósito, porque todos la oían refunfuñar a cada rato que sus penas eran solo de ella y nadie tenía por qué quitárselas, que las llevaría toda su vida, pero aunque nadie expresamente las compartía, más de uno terminaba contagiado de ellas.

Josefina Orozco era de mediana estatura, de piel negra, y poseía una abundante cabellera ensortijada que definía su marcada ancestralidad negroide. Su vida había transcurrido entre los deseos de tener las cosas que siempre soñó y la amargura de ver crecer cada día su mundo de limitaciones. Había visto tantos amaneceres como ese, que ya le eran indiferentes; para ella nada distinguía un amanecer de otro. Tal vez por ello vivía la vida en blanco y negro, y la Navidad

que acababa de pasar era solo un lapso en el cual se profundizaban a fondo las necesidades de los pobres. Con frecuencia y con cierto grado de naturalidad solía filosofar: “Son los pobres los que están más cerca de Dios, porque les queda más tiempo para rezar”.

Jamás supo su fecha de nacimiento, ni mucho menos decir cuál era su verdadera edad, no por vanidad, sino porque en realidad no lo sabía. Su madre solo le dijo que había nacido un día lluvioso en que los ríos se desbordaron como nunca y arrasaron con las cosechas.

—Yo nací el mes del carángano —le dijo en cierta ocasión con un dejo de inocencia a la esposa de un vaquero que le había preguntado por su edad.

—¿Cómo así?, explíqueme mejor porque me ha dejado en el limbo —le replicó la mujer picada por una mal disimulada curiosidad.

—Mi mamá decía que el día de mi nacimiento pasó por el rancho de vara en tierra un viaje de ganado arreado por cuatro vaqueros por el camino real que llevaba de Piedras Negras a los playones.

—¡Ah! —Alcanzó a balbucir la mujer con su curiosidad insatisfecha.

Las imponentes sabanas comunales de Piedras Negras, habitadas por herederos de la diáspora africana, servían de sostén alimenticio a burros y caballos, único patrimonio de los afortunados habitantes de la región. También a las vacas de Pachendo Cervantes, el mismo que siempre estuvo enamorado de la madre de Josefina Orozco, pero nunca se lo dijo, tal vez por la inseguridad que sentía cuando estaba frente a una mujer.

A decir de Pachendo, “tenía las vacas más inteligentes y lecheras del mundo, porque en ocasiones se ordeñaban solas”, sobre todo en los días lluviosos, en los que el solitario hombre comenzó a padecer cualquiera de las dieciocho

enfermedades que albergaba su esquelético cuerpo y que le habían comenzado apenas al primer año de edad, cuando una vecina que tenía fuego en la vista se encantó con él y le produjo mal de ojo, enfermedad que lo atormentó hasta que cumplió los trece años, cuando por fin, con la ayuda de las hormonas masculinas, pudo tomar el camino correcto.

Pachendo también padeció todas las enfermedades que su famélico y lánguido cuerpo podía soportar: sarampión, viruela, varicela, paperas, neumonía, tosferina, sinusitis, sabañón, carranchil, diarrea, reumatismo, arregadera, pitarroso, pero la que más tristemente recordaba fue una venérea que adquirió durante el primer y único viaje que hizo fuera de Piedras Negras y lo llevó hasta la zona bananera, donde se topó con una joven prostituta de apenas diecisiete años, con quien le dijo adiós a su virginidad de varón, a los veinticinco años de edad, experiencia sexual que contaba con una naturalidad pasmosa, y por ser la única de su vida permanecía latente en el mundo irreal de su soledad.

De los cuatro vaqueros que servían como punto de referencia histórica al nacimiento de Josefina Orozco, tres de ellos vestían zamarros oscuros con pintas blancas y montaban en caballos blancos; el cuarto no tenía zamarro y montaba con dificultad un caballo azabache, ya que había sido contagiado con fiebre de tifo, una enfermedad incurable, que gracias a la benevolencia de San Lázaro, santo de las enfermedades y las epidemias, y a las rogativas que varios nativos hacían en su nombre, pudieron controlarla, no sin antes dejar en cada casa de las familias de Piedras Negras su velorio particular.

El rostro semirredondo y los ojos grandes y llenos de carnosidad, quizá por haber cocinado toda su vida con leña, hacían de la fisonomía de Josefina Orozco algo muy particular. “Menos mal —decía muy complacida—, siempre he cocinado con leña. ¡Eso sí, leña de *peraleja* y siete cueros!, que son más efectivas que la candela viva”.

Su piel estaba curtida por los rigores del tiempo, y sus pequeñas manos, encallecidas por las labores domésticas.

Padecía un problema congénito en el pie derecho que solo le permitía usar pantuflas de cuero de res sin curtiembre, dos tallas más grandes que la suya, fabricadas por los talabarteros cordobeses. Pero todo este contraste con su pensamiento y forma de ver la vida no era óbice para perder la esperanza, antes por el contrario, ella solía exclamar con tanta ansiedad como con inocencia: “Dios tarde o temprano dará al justo lo que por razón le pertenece —y continuaba, como si quisiera convencerse a sí misma—, mientras haya vida hay esperanzas, y debemos seguir adelante porque algún día Dios se acordará de nosotros. Tengamos fe, él es el mejor abogado de los pobres”.

Josefina había enviudado unos años atrás en un trágico incidente en el que fue asesinado su marido Salustiano Novoa, siendo ella y él labriegos jornaleros en El Guacimal, una próspera hacienda que ambos vieron desarrollar con el aporte de su diaria labor. La naturaleza había sido benigna con el propietario de esas tierras, bendecidas con muchas fuentes hídricas y gran fertilidad, abundantes cedros y caracolíes frondosos, pero el más predominante era el guácimo, del cual derivó su nombre la hacienda, que fue el hogar de Salustiano Novoa y Josefina Orozco.

El Guacimal guardaba secretos e historias mal contadas de cómo fueron desterrados los labriegos asentados allí, obligados a buscar derroteros desconocidos con su miseria a costas, castigados por el simple pecado de habitar esas tierras.

Salustiano Novoa era un hombre bonachón, de pensamiento diáfano y transparente, miraba de frente al sol y su capacidad intelectual de autodidacta se le percibía a flor de piel. Su estadía en la escuela de su pueblo fue corta, porque cuando hacía su primer año elemental una avalancha del río arrasó con ella, llevándose también sus cuadernos y lápices, pero no sus deseos de aprender. El día que llegó a Piedras Negras descubrió enseguida que la vida lo había puesto frente a Josefina para su bendición. Entendía al mundo de forma franca y pragmática, convencido de que todas las cosas tenían una razón lógica y una justificación. Por ello